Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945

JÖRG FRIEDRICH

Propyläen Verlag, Berlín

Brandstätten: Der Anblick des Bombenkriegs

JÖRG FRIEDRICH

Propyläen Verlag, Berlín

La destrucción de Alemania

Ian Buruma

1 febrero, 2005

Desde la cabina de un bombardero Lancaster de la RAF, aproximarse a una gran ciudad alemana de noche en 1943 debía de ser algo parecido a entrar a una habitación muy bien iluminada completamente desnudo: un momento de total vulnerabilidad. Atrapado en la red cegadora de los reflectores, sacudido por las explosiones de las defensas antiaéreas, aterrizado de los aviones de

combate que atacaban por encima, aterido con temperaturas muy por debajo de cero, agotado por la falta de sueño y la tensión constante, los miembros doloridos de tener que sentarse en la misma posición encogida durante muchas horas, los oídos atormentados por el rugido de los motores de un avión luchando por su vida, el piloto sabía que podía ser hecho pedazos en cualquier momento. Y eso es, de hecho, lo que les sucedió a los más de cincuenta y cinco mil aviadores del Comando de Bombarderos que perdieron sus vidas en algún lugar del cielo alemán. Si eran lo bastante afortunados para abrirse paso entre las defensas antiaéreas, sin embargo, los miembros de la tripulación del bombardero verían parte del infierno que contribuían a provocar. Las nubes de humo y las llamas alcanzaban alturas de seis mil metros. El piloto de un bombardero describió Essen, una ciudad industrial del Ruhr, como una enorme olla hirviendo, al rojo vivo, incluso a una distancia de más de doscientos kilómetros, como un arrebol. Otro piloto recuerda: «El infierno, tal y como lo imaginamos los cristianos, debe ser algo parecido a esto. Esa noche me hice pacifista»¹.

Imaginemos ahora lo que debió de haber sido estar metido en un oscuro sótano en Hamburgo o Bremen, respirando entrecortadamente monóxido de carbón y otros gases. Los fuegos del exterior convierten poco a poco el sótano en un horno, de modo que quienes no se han asfixiado ya tienen que hacer frente a las tormentas de fuego que se desatan fuera con la fuerza de un tifón. Las tormentas de fuego absorben el oxígeno del aire, por lo que no se puede respirar o, si se puede, el calor abrasa los pulmones, y también puede uno morir en el asfalto derretido o ahogado en un río hirviendo. Al final de la guerra, en la primavera de 1945, hasta seiscientas mil personas se habían quemado, asfixiado o hervido hasta morir en estas tormentas de fabricación humana.

Pensemos ahora en las secuelas, cuando se obligaba a los presos de los campos de concentración a desenterrar los restos calcinados de las víctimas en los refugios antiaéreos, cuyos suelos resbalaban por la presencia masiva de gusanos del tamaño de un dedo. Uno de los pocos escritores alemanes que describió estas escenas, Hans Erich Nossack, lo contaba así:

«Ratas y moscas dominaban la ciudad. Insolentes y gordas, las ratas correteaban por las calles. Pero todavía más repugnantes eran las moscas, grandes, de reflejos verdes, como no se habían visto nunca. Daban vueltas como grumos por el asfalto, se posaban en los restos de pared copulando unas sobre otras y se calentaban, cansadas y hartas, en los cristales rotos de las ventanas. Cuando no podían volar ya, se arrastraban detrás de nosotros a través de las hendiduras más pequeñas, lo ensuciaban todo, y sus susurros y zumbidos eran lo primero que oíamos al despertar»².

Los mismos hechos, pero perspectivas diferentes.

¿Sufrían todas estas víctimas –el piloto del bombardero que estallaba en el cielo, el civil que se abrasaba hasta morir en un sótano y el prisionero que había de apilar cadáveres con sus manos desnudas– por igual? ¿Allana la muerte todas las diferencias? La historia, de hecho, se vuelve más complicada. Wolf Biermann, cantante y poeta, tenía seis años cuando las bombas llovieron sobre Hammerbrook, un barrio obrero de Hamburgo donde vivía con su madre, Emma. Para huir de las llamas Emma arrastró al muchacho hasta el Elbkanal y nadó hasta salvarse con Wolf aferrándose a su

espalda. Recuerda a tres hombres ardiendo «como antorchas Heil-Hitler», y haber visto el techo de una fábrica «volar por el cielo como un cometa». Pero Biermann también sabe que su padre fue asesinado ese mismo año en Auschwitz. Como dice en su canción *La balada de Jan Gat* : «Nací en Alemania bajo la estrella amarilla [de David], así que aceptábamos las bombas como regalos del cielo».

Más tarde, en 1943, en un intento de «hamburguizar» Berlín, el teniente general del ejército del aire, sir Arthur Harris, también conocido como «Bombardero» o «Carnicero» Harris, decidió desencadenar todo el poder del Comando de Bombarderos británico sobre la capital. Mi padre, un profesor de universidad holandés, que se había negado a firmar un juramento de lealtad a las autoridades de ocupación alemanas, había sido deportado de Holanda y obligado a trabajar en una fábrica de Berlín Este. La primera oleada de bombarderos de la RAF llegó sobre su cabeza en una fría noche de noviembre. Una zanja poco profunda es todo lo que tenían los trabajadores extranjeros para protegerse. Algunos murieron durante el primer bombardeo, cuando la fábrica recibió un impacto directo. Sin embargo, la mañana siguiente mi padre y sus amigos quedaron decepcionados de que la RAF no continuara de inmediato con otro ataque a gran escala para explotar el desorden general. Lo cierto es que se necesitaron casi dos años de destrucción diaria –los británicos de noche, los americanos de día y los soviéticos disparando sus enormes cañones llamados «órganos de Stalin»– para allanar gran parte de Berlín. La «hamburguización» (la expresión era de Harris) fue un fracaso, ya que esta ciudad en gran medida decimonónica, construida con robustos edificios de ladrillo y amplios bulevares, no ardía tan fácilmente como ciudades más antiguas con barrios medievales de calles estrechas cuyas casas de vigas de madera empezaban a arder instantáneamente. De modo que los bombardeos prosiguieron sin cesar, dejando a mi padre y a millones de personas en un estado de agotamiento y exposición permanente al frío y a las ratas.

Thomas Mann, exiliado en el sur de California, declaró que los alemanes estaban recogiendo lo que habían sembrado. Esta ha sido, por lo general, la actitud dominante en los países aliados, tanto durante como después de la Segunda Guerra Mundial. En fin de cuentas, fueron los alemanes quienes iniciaron la destrucción de Europa. Los bombarderos alemanes habían destruido gran parte de Varsovia, Rotterdam y Coventry antes de que la RAF lanzara «bombardeos estratégicos» sobre los civiles alemanes. Los bombardeos estratégicos se conocieron también como «bombardeos zonales», cuyo objetivo era destruir ciudades enteras más que objetivos específicos, o «bombardeos morales», cuyo objetivo era romper la moral de la población civil. Ya en 1940, tres años antes de Hamburgo, Hitler fantaseaba con la idea de reducir Londres a cenizas. Le dijo a Albert Speer:

«Göring quiere, mediante innumerables bombas incendiarias de efectos totalmente nuevos, producir incendios en las distintas partes de la ciudad, incendios por todas partes. [...] ¡Destruir Londres por completo! ¿Qué podrán hacer sus bomberos cuando todo esté ardiendo?»³.

Que los alemanes se lo tenían merecido sigue siendo motivo suficiente para que los hinchas de fútbol ingleses se burlen de los aficionados alemanes en los estadios de fútbol estirando sus brazos en masa en imitación de los bombardeos que arrasaron su país. Y hasta fechas recientes los alemanes no mostraron signo alguno de protesta. En su ahora famosa conferencia de Zúrich, publicada posteriormente en *Sobre la historia natural de la destrucción* , W. G. Sebald llamó la atención a los

escritores alemanes por ignorar la destrucción de Alemania como tema. Este silencio literario era el reflejo de un silencio más general. «El reflejo casi natural –escribe Sebald– determinado por sentimientos de vergüenza y de despecho hacia el vencedor, fue callar y hacerse a un lado». Sebald menciona cómo en 1946 Stig Dagerman, un reportero sueco, cruzó en tren kilómetros y kilómetros de escombros y desolación de lo que había sido una densa parte de Hamburgo. El tren estaba atestado, como todos los trenes en Alemania, «pero nadie miraba afuera. Y a él lo reconocieron como extranjero *porque lo hacía*». «Más tarde –dice Sebald–

nadie, tampoco los escritores a quienes se había confiado guardar la memoria colectiva de la nación, pudo evocar luego para nosotros, precisamente porque adivinábamos que compartíamos la culpa, imágenes tan vergonzosas como la del Altmarkt de Dresde, por ejemplo, donde, en febrero de 1945, un comando de las SS, que había adquirido su experiencia en Treblinka, quemó 6.865 cadáveres en piras».

Este sentimiento de culpa inarticulado puede haber desempeñado un papel, a pesar de que la conciencia culpable alemana sobre el Holocausto emergiera sólo lenta y parcialmente unos veinte años después de la guerra. La razón que ha hecho que los liberales alemanes, tanto los estudiosos como los artistas, hayan rehuido a las víctimas alemanas es también política. El bombardeo de Dresde, por ejemplo, ha sido desde hace mucho tiempo un tema predilecto de los revanchistas y negadores de culpa alemanes situados en la extrema derecha. Una trampa retórica habitual en páginas *web* de la extrema derecha y publicaciones de este tipo, como la *National-Zeitung*, es recurrir al lenguaje utilizado sobre los crímenes nazis contra los aliados. Así, se habla del *Bombenholocaust* aliado, y de la aniquilación de civiles alemanes «sólo porque eran alemanes». Se maneja la cifra de «seis millones» como si ese fuera el número de civiles alemanes asesinados por las bombas aliadas. «Hubo también un holocausto contra los alemanes –concluye la *National-Zeitung*–. Pero en contraste con la negación de los crímenes nazis, la negación de ese Holocausto contra los alemanes no se ve amenazado con el castigo». Este no es el tipo de cosa con la que les gustaría verse asociados a la mayoría de los alemanes.

Y si Dresde, que incluso Churchill (bastante hipócritamente) condenó a posteriori, se asoció fácilmente a una causa maligna, esto fue tanto más cierto respecto a horrores como la limpieza étnica de los alemanes en Silesia y los Sudetes al final de la guerra. Así, la idea misma de los alemanes como víctimas adquirió, como señala Sebald, «un aura de lo prohibido», pero no tanto, como él señala, debido al «voyeurismo» culpable cuanto por el hedor rancio de la asquerosa política. Los extremos, por supuesto, provocan otros extremos. Para contrarrestar las manifestaciones neonazis contra el «Holocausto aliado», el grupo «Acción antifascista» se reunió en Berlín frente a la embajada británica para celebrar una fiesta con el lema «Gracias, Inglaterra», al tiempo que cantaban: «Nueva York, Londres o París: ¡todos amamos al Bombardero Harris!»⁴.

Quizás el autor y antiguo líder estudiantil Peter Schneider tenía razón al refutar la afirmación de Sebald señalando que era «demasiado esperar [de la generación de la posguerra] que rompieran el silencio obstinado de la generación nazi al mismo tiempo que contemplaban la suerte de los civiles y refugiados alemanes»⁵. Pero Sebald tenía seguramente razón al pensar que hacía mucho tiempo que tenía que haberse prestado este tipo de atención. Había llegado la hora de quitar de las manos de la

Nationalzeitung y de sus resentidos simpatizantes el tema del sufrimiento alemán.

El silencio se rompió a lo grande hace dos años con la publicación de *Der Brand* (El incendio), de Jörg Friedrich. Este relato exhaustivo y desgarrador, ciudad por ciudad, mes tras mes, de la destrucción de Alemania se convirtió en un *best seller* en Alemania y provocó una serie interminable de debates televisivos, polémicas en revistas y periódicos, debates radiofónicos y libros, en los que se tomaba una u otra postura. Fue como si los alemanes, tras mantenerse callados tanto tiempo, necesitaran hablar y hablar y hablar.

Friedrich es cualquier cosa menos un revanchista o un negador del Holocausto. Justo lo contrario: es un miembro barbudo de la generación de 1968 de Peter Schneider, que dedicó gran parte de su carrera periodística a sacar a la luz crímenes del Tercer Reich y a detectar signos de neonazismo en la República Federal Alemana. Quizá sintió que su trabajo sobre los nazis estaba concluido y que había llegado el momento de mirar al otro lado. En cualquier caso, su estudio del «bombardeo moral» de los aliados es absolutamente tan apasionado y lleno de indignación justificada como sus anteriores contribuciones a obras como la *Enzyklopädie des Holocaust* (Enciclopedia del Holocausto). Como una suerte de compañera visual de *Der Brand*, Friedrich ha publicado también *Brandstätten* (Escenarios de los incendios), un libro de fotografías de ciudades en ruinas, cadáveres abrasados y otras imágenes de lo que suponía convertirse en el blanco de los bombardeos zonales.

Friedrich ha sido acusado por algunos comentaristas británicos, que puede que hayan leído o no realmente *Der Brand*, de llamar a Churchill un criminal de guerra y excusar los crímenes de guerra alemanes acusando a los aliados. Lo cierto es que ni llama a Churchill criminal de guerra ni excusa los crímenes alemanes. Menciona, si bien de pasada, el hecho de que los alemanes fueron los primeros en bombardear grandes ciudades, como Varsovia o Rotterdam. También observa que la Luftwaffe de Göring mató a treinta mil civiles británicos en 1941. Y se asegura de que el lector sepa que «la perdición de Alemania fue responsabilidad de Hitler». Esto deja a un lado, por supuesto, la responsabilidad de otros alemanes. Pero este no es el tema de que se trata.

Friedrich traza, sin embargo, una clara distinción entre bombardear ciudades como una táctica para apoyar las operaciones militares en el terreno y bombardear como una doctrina estratégica para ganar la guerra por medio del terror y la destrucción sistemática. Los alemanes, defiende, siempre se aferraron a la primera, mientras que los aliados optaron por la segunda. Resulta dudoso si esta distinción es tan clara como él pretende. La Luftwaffe eligió seguramente zonas obreras de Londres durante el Blitz como una estrategia de terror, y no sólo como una táctica del campo de batalla. Pero los aliados llevaron esta doctrina a su límite, culminando en las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki en 1945.

Bombardear civiles no era un fenómeno nuevo en sí mismo. Friedrich menciona los bombardeos sobre Gran Bretaña de los zepelines alemanes en 1915. Cinco años más tarde, Winston Churchill, como ministro del aire y de la guerra, decidió aplastar un levantamiento en Mesopotamia con bombas. En 1928, el teniente general del ejército del aire británico Hugh Trenchard, que había tomado parte en aquellos bombardeos contra árabes y kurdos, propuso que el mejor modo de destruir al enemigo en guerras futuras era no atacar sus fuerzas militares directamente, sino destruir las fábricas, los suministros de agua, carburante y electricidad, así como las líneas de transporte que permitían avanzar a esas fuerzas militares. Esto es lo que la RAF intentó hacer en la primera mitad de 1941.

Pero sus bombarderos Wellington tenían pocas posibilidades de acertar en fábricas o astilleros. Era difícil divisar un blanco excepto de día o en noches claras de luna llena, e incluso entonces era casi imposible lanzar bombas con precisión. El precio de intentarlo era también muy costoso. Más de la mitad de las tripulaciones de los bombarderos perdían sus vidas. Sólo una bomba de cada cinco caía a tierra dentro de un radio de nueve kilómetros respecto del blanco. Como descubrieron los propios alemanes después de la Batalla de Gran Bretaña, el bombardeo indiscriminado de zonas urbanas suponía una opción más fácil.

Ya en 1940, cuando Alemania parecía ser invencible, Churchill creyó que sólo había un camino seguro de ganar la guerra y se trataba de «un ataque absolutamente devastador, exterminador, con bombarderos muy poderosos desde este país sobre el territorio nazi»⁶. Un motivo por el que las personas de la generación de Churchill pensaron en estas medidas tan desesperadas, aparte de su situación desesperada, fue el legado traumático de la Primera Guerra Mundial. La idea de otra guerra de desgaste con ejércitos masacrándose mutuamente durante años resultaba intolerable. Era mejor quitárselo de encima cuanto antes.

Sin embargo, la RAF tuvo los medios para intentar esto sólo tres años más tarde y para entonces la estrategia ya se había desarrollado plenamente a partir de una sensación de impotencia y fracaso. El principal ideólogo tras ella fue el teniente general del ejército del aire Charles Portal, que ya había tenido la experiencia de bombardear tribus rebeldes en Adén, adonde fue destinado en 1934. Harris, su sucesor al frente del Comando de Bombarderos y otro veterano de los bombardeos en Mesopotamia, fue el hombre que la llevó a la práctica. Lo que había cambiado desde que la idea fuera introducida inicialmente por Trenchard era que la guerra se había expandido a todas las industrias, incluida la propia población laboral. Los civiles, así se esperaba, se volverían contra sus líderes si se les bombardeaba y se les sacaba de sus casas y no tenían medios para sobrevivir. Se les golpea con fuerza suficiente y su moral se desmoronará. Los londinenses ya habían demostrado que lo cierto era lo contrario cuando hicieron gala de su desafío bajo los bombardeos alemanes, pero Portal rechazó esto afirmando que los alemanes, al contrario que los valerosos *cockneys*, eran proclives al pánico y la histeria.

Lo cierto es que los alemanes no se pusieron, por supuesto, en contra de sus líderes en absoluto. De hecho, como mi padre observó en Berlín, trabajaron codo con codo igual que habían hecho los londinenses. Es imposible saberlo con seguridad, pero hay pocas pruebas de que los bombardeos morales, al menos en Alemania, sirvieran para acortar la guerra. Lord Zuckerman, que defendió durante la guerra atacar líneas de transporte y un crítico acérrimo, por tanto, de los bombardeos estratégicos, defendió en estas mismas páginas que la guerra podría haber acabado incluso antes si se hubiera adoptado su táctica⁷. De ser así, estaba claro que esto no era evidente en 1943, cuando Albert Speer le dijo a Hitler que seis bombardeos más de la escala del de Hamburgo llevarían a Alemania al borde del desastre.

Bombardear transportes, como defendía Zuckerman, podría sonar más humano que los bombardeos de terror de Harris, pero a juzgar por el relato de Friedrich, los ataques aéreos sobre centros de transporte y otras formas de bombardeos tácticos no eran necesariamente menos costosos en vidas humanas. Las estaciones de ferrocarril se situaban habitualmente en el centro de las ciudades. Los

bombardeos sobre líneas de transporte en Francia y Bélgica, como preparación para el Día D, mataron a doce mil ciudadanos franceses y belgas, el doble de las víctimas del Comando de Bombarderos en Alemania en 1942. Pero todos estos ataques tenían un claro objetivo militar.

Resulta difícil ver, sin embargo, qué propósito animaba el bombardeo de las ciudades y pueblos alemanes mucho después de que gran parte de Alemania hubiera quedado reducida ya a escombros. En una fecha tan tardía como 1945 enormes flotas aéreas estadounidenses y británicas seguían arrojando bombas sobre ciudades destruidas, como si quisieran matar cada rata y cada mosca que quedaban entre las ruinas. La RAF lanzó más de la mitad de sus bombas durante los últimos nueve meses de la guerra. Desde julio de 1944 hasta el final de la guerra, 13.500 civiles fueron asesinados todos los meses. Y esto en un momento en que las fuerzas aéreas aliadas se negaron a bombardear las líneas ferroviarias a Auschwitz, porque no se trataba de una prioridad militar. ¿Por qué? ¿Por qué Würzburg, una ciudad de iglesias barrocas y claustros medievales, un lugar sin ninguna importancia militar de ningún tipo, hubo de ser arrasada en diecisiete minutos del 16 de marzo de 1945, menos de un mes antes de la rendición alemana? ¿Y por qué, ya puestos, sufrieron igual suerte Pforzheim, o Freiburg, o Dresde?

Lord Zuckerman creía que al «Bombardero» Harris le gustaba la destrucción por la destrucción. Posiblemente se trataba de eso. Hubo también quienes, en Washington y Londres, creyeron que a los alemanes había que enseñarles la lección de una vez por todas. El general Frederick Anderson, del ejército del aire estadounidense, estaba convencido de que la destrucción sistemática de Alemania pasaría de padres a hijos, y luego a los nietos, lo que bastaría para impedir que los alemanes fueran de nuevo a la guerra. Es posible que también hubiera parte de esto. Había asimismo, sin duda, sentimientos de venganza y de puro empecinamiento.

Pero una explicación más mundana podría ser una combinación de luchas internas e inercia burocrática. Una vez que se ha puesto en marcha una estrategia, resulta difícil pararla o modificarla. Zuckerman llamó la atención sobre las disputas antes del Día D entre Harris y el general del ejército del aire estadounidense Carl Spaatz, de un lado, y los defensores de los bombardeos de transportes, como el teniente general del ejército del aire británico sir Trafford Leigh-Mallory, por otro. Escribió:

«Harris y Spaatz unieron fuerzas pronto para tratar de impedir lo que consideraban como la supeditación de sus objetivos "estratégicos" a las necesidades "tácticas" de Overlord. Spaatz tenía una preocupación adicional. El "plan de transportes" propuesto amenazaba su independencia y lo colocaría bajo el mando de Leigh-Mallory».

Estas peleas mezquinas tienen consecuencias. Y Friedrich nos ha hecho seguramente un servicio a todos dejando constancia de cuán terribles fueron.

Algo puede ser cierto incluso si lo creen las personas equivocadas. El hecho de que el libro de Friedrich fuera ensalzado en algunos ámbitos muy desagradables, como la ya mencionada *National-Zeitung* de extrema derecha, no constituye ninguna prueba de que no lleve razón. Ni tampoco el hecho de que Martin Walser, el controvertido novelista que cree que los alemanes se han arrepentido ya lo suficiente, refrendara *Der Brand* comparándolo con la descripción de Homero de la guerra de Troya. En ambos casos, afirma Walser, la narración está por encima de las distinciones entre asesinos

y víctimas. Este tipo de afirmación debería tratarse con cuidado. Sigue habiendo una diferencia entre un Estado decidido a conquistar el mundo –y exterminar a un determinado pueblo por motivos ideológicos– y un Estado que lucha para detener eso. Y aunque es posible que la mayoría de los ciudadanos alemanes fueran inocentes de las atrocidades, existe una diferencia entre las víctimas de un campo de concentración y un pueblo que seguía a un líder decidido a perpetrar un asesinato masivo.

Una vez más, Friedrich no puede ser acusado de nostalgia del Tercer Reich o de excusar sus crímenes. Pero también ha hecho poco por distanciarse de los defensores equivocados. En primer lugar, eligió el tabloide conservador y difusión masiva *BildZeitung* para ofrecer por entregas partes de *Der Brand*. Es como si deliberadamente dirigiera su mensaje a los lectores más burdos: no neonazis, claro, pero sí relativamente mal informados, en su mayor parte intolerantes y proclives al sensacionalismo. Más serio es el problema de la extraña terminología de Friedrich, que se sitúa incómodamente cerca de los trucos retóricos de la *National-Zeitung*. Los sótanos son descritos como *Krematorien*, un grupo de bombarderos de la RAF como *Einsatzgruppe* o grupo de ataque, y la destrucción de bibliotecas como *Bücherverbrennung*, o quema de libros. Es imposible creer que estas palabras fueron elegidas inocentemente.

La cuestión es por qué hace esto un antiguo investigador del Holocausto y cazador de neonazis, de ideología izquierdista. Existen, por supuesto, ejemplos de personas que pasan de una forma de radicalismo a otra. Uno de los libros más detestables escritos sobre la supuesta amnesia en torno al sufrimiento alemán es de Klaus Rainer Röhl, un ex comunista que se pasó a la extrema derecha. Röhl culpa a los americanos, a los «emigrantes» judíos y a los alemanes del 68 por lavar el cerebro de los alemanes para hacerles sentir culpables del Holocausto judío, al tiempo que niega la destrucción de los alemanes en marchas mortales, bombardeos de terror y «campos de la muerte». Aquí habla la furia –que linda en ocasiones con el autoodio alemán– de un radical desilusionado, que cambia una utopía izquierdista por el amargo resentimiento del derecho a la autocompasión.

Friedrich, sin embargo, parece haber caído presa de un tipo diferente de furia. El último capítulo de *Der Brand* y su libro de fotografías suponen un indicio. *Der Brand* concluye con un largo lamento por la destrucción de libros alemanes conservados en bibliotecas y archivos. El lamento está justificado, pero su ubicación al final de un libro de 592 páginas resulta curiosa, como si la pérdida de libros fuera peor, a la postre, que la pérdida de personas, algo que, desde una determinada perspectiva a largo plazo, puede realmente ser cierto; pero eso no la convierte en moralmente atractiva. La selección y, especialmente, la edición de las imágenes en *Brandstätten* dejan una impresión similar. Son imágenes espantosas de cadáveres que están siendo recogidos en cubos, y otras de un sufrimiento humano terrible. (El hecho de que estos cadáveres estén siendo manipulados por presos de campos de concentración se menciona sin mayores comentarios.) Pero la verdadera calamidad, tal y como aparece presentada en el libro de Friedrich, es la destrucción de antiguas y hermosas ciudades, de antiguas iglesias, palacios rococó, ayuntamientos barrocos y calles medievales. Las primeras treinta y ocho páginas del libro se dedican a fotografías de Alemania, por así decirlo, previas al Bombardero Harris.

Es justo sentirse triste por la pérdida de toda esta belleza histórica. Para Friedrich esto es algo similar a la pérdida del alma alemana. «Quienes pierden sus vidas –escribe– dejan los lugares que crearon y

que los crearon a ellos. El lugar en ruinas es el vacío de los supervivientes». Los alemanes, cree, han sido desheredados y han perdido su «perspectiva histórica central». Las últimas fotografías del libro contrastan la belleza de las antiguas calles alemanas con la fealdad de lo que vino a continuación.

Una vez más, las perspectivas cuentan. La rabia de Friedrich por sentirse desheredado no se dirige únicamente a los bombardeos morales angloamericanos, sino también a los alemanes de la posguerra que se negaron a reconocer el daño. De la catastrófica destrucción nació una ferviente necesidad de construir una Alemania nueva y moderna en la posguerra, despojada de historia, que había sido manchada tan miserablemente por el legado de Hitler. Hans Magnus Enzensberger observó en una ocasión que no puede entenderse «la misteriosa energía de los alemanes» si uno se niega a «darse cuenta de que han hecho de sus deficiencias una virtud. La insensibilidad fue la condición de su éxito».

Es esta insensibilidad la que enfurece a Friedrich, esta ausencia de sentimiento por las «antiguas ciudades sacrificadas innecesariamente», el apartamiento colectivo de la historia y la cultura alemanas. Quizá hace demasiado hincapié en los daños materiales más que en los humanos. Friedrich podría haber mencionado que el mayor golpe a la *Kultur* alemana fue, con mucho, el asesinato y la expulsión de muchas de las personas mejores y más inteligentes de toda una generación. No se calcula lo que supuso para Alemania la pérdida de la cultivada burguesía germano-judía. Envuelta en el interior del lamento enormemente conservador de Friedrich, sin embargo, encontramos una furia izquierdista contra la americanización y el capitalismo alemán occidental. Aquí es donde el viejo sesentayochista se junta con el cronista de las víctimas alemanas. Su objetivo parece ser no sólo arrancar la historia del sufrimiento humano de las garras de la extrema derecha, sino rescatar las glorias de la historia alemana de los doce años del Reich milenario de Hitler. Y esto, a pesar de las dificultades que Friedrich no siempre ha sabido soslayar, parece algo perfectamente respetable de llevar a cabo.

Traducción de Luis Gago ©

The New York Review of Books
www.nybooks.com

¹. «So muss die Hölle aussehen», *Der Spiegel*, 6 de enero de 2003, pág. 39.

². Citado en W. G. Sebald, *Sobre la historia natural de la destrucción*, trad. de Miguel Sáenz, Barcelona, Anagrama, 2003, pág. 45.

³. Citado en W. G. Sebald, *op. cit.*, pág. 111.

⁴. «So muss die Hölle aussehen», pág. 42.

5. Lothar Kettenacker (ed.), *Ein Volk von Opfern? [¿Un pueblo de víctimas?]*, Reinbeck, Rowohlt, 2003, pág. 163.
6. Citado en Richard B. Frank, *Downfall: The End of the Imperial Japanese Empire*, Hammondsworth, Penguin, 1999.
7. «The Doctrine of Destruction», *The New York Review of Books*, 29 de marzo de 1990. 8 *Verbotene Trauer: Ende der deutschen Tabus* [Lamento prohibido: el final de los tabús alemanes], Múnich, Universitas, 2002.